

EL CORSARISMO EN EL MEDITERRÁNEO (1516-1830)

Gonçal Artur LÓPEZ NADAL
Universitat de les Illes Balears

A José D. Ariosa Iznaga (+)

*Levantando blanca espuma
galeras de Barbarroja
ligeras le daban caza
a una pobre galeota
en que alegre el mar surcaba
un mallorquín con su esposa,
dulcísima valenciana,
bien nacida y muy hermosa.
Del amor agradecido
se la llevaba a Mallorca,
tanto a celebrar las Pascuas
cuanto a celebrar las bodas
y cuando a los sordos remos
más se humillaban las olas,
más se ajustaba a la vela
el blando viento que sopla.
Expiándola atrás
de una cala insidiosa,
estaba el fiero terror
de las costas españolas.
Sobresaltóla en un punto
que por una parte y otra
sus cuatro enemigos leños
tristemente la coronan.
Crece en ellos la codicia,
en estotros la congoja,
mientras se queja la dama
derramando tierno aljófara.*

Luis de Góngora*

* Agradezco a mi colega el Dr. Miquel J. DEYA su amabilidad al facilitarme estas estrofas.

INTRODUCCIÓN

Sin ánimos de incitar a la controversia, quisiera advertir que el presente texto no responde sino sólo parcialmente al tema de las XXIX Jornadas de Historia Marítima. No voy a hablar de la piratería en el Mediterráneo; voy a hacerlo, exclusivamente sobre el corsarismo. La explicación es sencilla. Mis tesis, mis argumentos, se basan en documentación de primera mano: las fuentes se hallan en los archivos históricos de algunas ciudades portuarias –Barcelona, Valencia, Marsella, Palma, Génova y Livorno– así como también los de París, Simancas y Madrid. Se trata de un material de procedencia y carácter muy heterogéneo pues reúne información que va desde los protocolos notariales –donde se rubrica el carácter institucional del corso– hasta la correspondencia consular, donde se observan sus repercusiones internacionales; todo ello junto a una profusa, y generalmente desordenada, recopilación de datos acerca de multitud de aspectos que envuelven a estas expediciones: solicitud y concesión de patentes, exposiciones de las travesías, procesos judiciales sobre las capturas realizadas, protestas, reclamaciones de las víctimas, etc. etc. Lamentablemente, escasean las series o informaciones cuantificables que permitan medir con exactitud la magnitud de este fenómeno. De hecho, el estudio del corsarismo ofrece el símil del iceberg, con una parte oculta muy superior a la visible. Aun así, afortunadamente, se dispone de material suficiente para constatar –o cuando menos, sugerir– un alcance más que considerable. Las tablas presentes en estas páginas obedecen a ello. En suma, partimos de una extensa documentación archivística que obedece a la esencia institucional que posee el corso. La piratería –fenómeno histórico, sin lugar a dudas, consistente en la genuina rapiña en la mar sin ninguna institución que la ampare– muy difícilmente dispondrá de los elementos necesarios para su análisis riguroso: su conocimiento procede, en la mayoría de casos, de las magníficas páginas escritas por quienes la practicaron o la sufrieron (pongamos, por ejemplo, la imprescindible obra de Alexandre O. Exquemelin¹); o de

¹ *De americaensche zee-robers*. Amsterdam 1678. De sus numerosas traducciones al castellano destacaría las publicadas bajo los títulos de *Piratas de América*, (Seix Barral, Libros de Enlace, Barcelona, 1971 y *El médico de los piratas*. Biblioteca del Alfíl, Argos Vergara, Barcelona, 1984.

la prodigiosa imaginación de excelentes narradores como es el caso de Daniel Defoe², de Robert Louis Stevenson³ y de Joseph Conrad⁴, todos ellos, por otra parte, vinculados al espacio atlántico. Tal vez sea oportuno recordar la interpretación de aquel gran historiador de la mar que fue el francés Michel Mollat de Jourdin quien supo distinguir entre una piratería salvaje frente a un corsarismo reglamentado⁵. Estudiamos el corso, por consiguiente, porque así podemos hacerlo; no la piratería, pues carecemos de pruebas empíricas para afrontarla.

* * *

El corsarismo mediterráneo acoge como punto de partida la doble variedad de matices que engloba su realidad operativa en tanto que actividades de signo militar y comercial, desarrolladas, aunque de manera desigual, por las distintas sociedades de nuestro mar. Hablamos, precisamos, de corsarios, no de piratas; sean sus autores europeos o norteafricanos (magrebíes fundamentalmente), cristianos o musulmanes; lo mismo da. La coordenada espacial específica —el Mediterráneo en nuestro caso— no se cierra, sin embargo, a la laboriosidad exclusiva de sus gentes sino que también conoce, desde finales del siglo xvi, la penetración de los nórdicos, ingleses y holandeses (o zelandeses) muy especialmente.

Su dimensión temporal se ciñe, prácticamente, a los llamados tiempos modernos, entendiendo como tales los siglos xvi, xvii y xviii de nuestra era; o, lo que es lo mismo, los siglos ix, x y xi que siguieron a la hégira del profeta. En tal sentido, su prolongación durante los primeros treinta años del siglo xix constituye un epílogo en lo que podría representar la persistencia de una relación de independencia entre las dos riberas del Mediterráneo. La ocupación de Argel por los franceses, en 1830, anuncia el principio del final de tal autonomía. Sin duda, es esta ciudad, Argel, la que mayores vinculaciones presenta con el corso. Su conversión en regencia otomana en 1516 —tras su ocupación por el mayor de los hermanos Barbarroja, Baba Aroudj y el posterior fracaso de la expedición de Carlos V en 1541⁶—, constituye el pistoletazo de salida en la gran carrera

² *Historias de piratas*. Bruguera, Barcelona, 1977.

³ Especialmente su más conocida obra *La isla del tesoro*. De numerosa ediciones.

⁴ *El pirata*. Alianza Editorial, Madrid, 1985.

⁵ «De la piraterie sauvage à la course réglamentée», *Course et Piraterie*, París, 1975, vol I, pp. 162-184.

⁶ RANG, Sander et DENIS, Ferdinand: *Fondation de la Regence d'Alger. Histoire des Barberousse*. París, 1837 (reeditada por Editions Boulamas, Tunis, 1984).

hacia el dominio del mar interior por dicha vía. Su consideración como capital del corsarismo no es, por tanto, nada gratuita. Así, su erección como base preeminente del imperio otomano en el Mediterráneo occidental abre la espita de esa guerra de todos contra todos en la que se acaba convirtiendo esta institución. Algo parecido ocurre con la isla de Malta durante el período de asentamiento y preponderancia de los Caballeros de San Juan, es decir, desde 1530 hasta su desplazamiento por Napoleón en 1798. El fundamental papel del corso en su desarrollo le comporta ser considerada como «la capital de la piratería cristiana, emulando claramente a la regencia berberisca al ser tildada, igualmente, de constituir, «la Argel cristiana»⁷ el declive de ambos centros, consolidado durante la primera mitad del siglo XIX a través de la imposición del norte sobre el sur —léase, de Francia y Gran Bretaña respectivamente—, ocasionará el fin de esta institución depredadora. El tratado de París, alcanzado en 1856, ponía fin al corso como sistema legítimo de intervenir en la mar y, en concreto, en nuestro Mediterráneo».

De los aproximadamente trescientos años que abarca el desarrollo del corso mediterráneo, consideramos el período que discurre entre la batalla de Lepanto (1571) y la paz de Utrecht (1713) como el de su máximo esplendor. Previamente, durante gran parte del siglo XVI, —pese a la presencia de los míticos Barbarroja— el enfrentamiento naval se dio preferentemente entre armadas oficiales, sin apenas contar con la presencia relevante de la marina de los particulares. Tras la guerra a la sucesión al trono de España, los «Pactos» de Familia entre España y Francia, el incremento del tráfico mercantil por procedimientos menos violentos y la mejora en las relaciones entre la cristiandad y el Islam diluyen ostensiblemente la intensidad corsaria hasta su eclipse definitivo sucedido a partir de 1830⁸. Por ello, nuestras apreciaciones posteriores hacen especial referencia a esta fase, la de los años dorados del corso, que, como hemos dicho, se suceden particularmente entre el último cuarto del siglo XVI y los primeros quince años del XVIII.

A diferencia del corsarismo practicado en otros mares u océanos, los rasgos distintivos del corso mediterráneo responden a su constitución en un sistema alternativo de guerrear y comerciar en la mar. A nuestro entender, la esencia privativa de nuestro caso consiste en la perfecta articulación de los tres factores que lo nutren. Éstos se interfieren necesariamente, hasta el punto de que es

⁷ MATHIEX, Jean: «Traffic et prix de l'homme en Méditerranée aux XVIIème et XVIIIème siècles», *Annales*, IX, (1954), p. 4. EARLE, Peter: *Corsairs of Malta and Barbary*. London, 1970 y FONTENAY, Michel y TENENTI, Alberto: «Course et Piraterie de la fin du moyen âge au début du XIXème siècle», en *Course et Piraterie ... I*, pp. 88.

⁸ PANZAC, Daniel: *Les corsaires barbaresques. La fin d'une épopée. 1800-1820*. CNRS Editions, París, 1999.

difícil entender el uno sin la presencia, ineludible, de los otros dos. Los tres lados del triángulo equilátero responden claramente a su triple instrumentalización bien como una flota auxiliar de las armadas reales, bien como un sistema comercial forzado, y bien como vehículo para llevar a cabo la guerra santa por mar. Aun presentándolos por separado cabe interpretarlos, forzosamente, en su más perfecta interrelación. Sólo de esta manera podrá calibrarse su importante dimensión alcanzada en la vida general del Mediterráneo⁹.

* * *

Una flota auxiliar

La inestabilidad política marcó la tónica general que incentivó la intensidad de las acciones corsarias en sus años de esplendor. Como se apuntaba anteriormente, desde la primera mitad del siglo XVI, la expansión occidental del imperio otomano ocasiona la estratégica configuración de sus tres principales regencias magrebíes, Argel (1516), Trípoli (1551) y Túnez (1574). En el desarrollo de estas repúblicas autónomas –aunque dependientes de la Puerta Sublime– la acción de sus marinerías originaría fuertes descalabros a las coronas europeas, muy especialmente a la monarquía católica. En consecuencia, la respuesta autóctona a la expansión hispana por el litoral norteafricano trajo consigo interminables rifirrafes, con resultado de tablas, y un sinfín de víctimas en ambos frentes. ¡Que se lo pregunten a los menorquines, sicilianos, calabreses así como a los moradores en los poblados cercanos a los enclaves cristianos la del litoral del África blanca! Esta situación se mantuvo prácticamente inalterable hasta la segunda mitad de la centuria. El sitio de Malta (1565) –en el que nueve mil caballeros de San Juan evitaron la toma de la isla por el Sultán turco, con una armada de doscientos barcos y cerca de cuarenta mil soldados¹⁰–, y, sobre todo, el legendario hito de Lepanto, –la mayor confrontación de galeotes que ha

⁹ Hasta el momento, los mejores estudios de conjunto sobre el corsarismo mediterráneo son los de FONTENAY, Michel y TENENTI, Alberto: «Course et piraterie de la fin du moyen âge au début du XIXème siècle», *Course et Piraterie*. París, 1975, vol I, pp. 78-136. y BONO, Salvatore: *Corsari nel Mediterraneo. Crisitiani e musulmani fra Guerra, schiavitù e commercio*. Arnoldo Mondadori Editore, Milano, 1973. Más recientemente, LÓPEZ NADAL, Gonçal: «El corsarismo mediterráneo», en *Las sociedades Ibéricas y el Mar a finales del siglo XVI*. Madrid, 1999, vol. III, pp. 233-260. Aun con matices importantes, dada la profusión de estudios sucedidos a partir de su publicación, siguen siendo válidos los planteamientos generales ofrecidos por BRAUDEL, Fernand: *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, 1949 (1.ª edición castellana en 1953).

¹⁰ BRADFORD, Ernle: *The great siege. Malta 1565*. Penguin Books, London, 1966.

conocido jamás el Mediterráneo: cerca de 80.000¹¹ – marcan claramente los prolegómenos de los años dorados del corso.

Efectivamente, existe un antes y un después de Lepanto. Según ha sido ampliamente expuesto por los diversos especialistas sobre el imperio español y el Mediterráneo en general –con Fernand Braudel como paradigma– a partir de entonces, los intereses allende nuestro mar se antojan prioritarios en las respectivas políticas imperiales de los dos principales poderes: mientras Felipe II se inclina hacia el Atlántico –América, la Europa Septentrional:.–, el Gran Turco opta por sus confines orientales: Rusia, el Volga, la India... En consecuencia, el Mediterráneo queda al albur de sus moradores: los corsarios. Éstos, para rentabilizar mejor sus ganancias, se convertirán en las fuerzas marítimas auxiliares de los estados a los que obedecen. Tal proceso es, en suma, el resultante de la simbiosis entre los monarcas y sus súbditos, se trate de una nación, república, ciudad-estado, etc.: los primeros establecen el marco de acción; los segundos, se encargan de dirimir la lid. Los unos, cristianos navegando bajo el pabellón del Rey Católico, del Rey Cristianísimo o del estandarte de La Religión –como hacen los caballeros malteses–. Los otros, los berberiscos, que hacen las veces de marina del Gran Turco. Pero no sólo es eso, pues la inestabilidad crece al producirse enconamientos entre las mismas naciones europeas ya a través de la pugna difícilmente interrumpida entre las coronas hispana y francesa; ya, incluso, en su enfrentamiento con los emergentes países nórdicos, cuya presencia en el mar del sur se incrementa desde las últimas décadas del xvi.

El siglo xvii simboliza la consolidación de este latente desequilibrio político cuyos campos de batalla no sólo inundan el continente europeo sino que también se difuminan entre su frontera sur. El Mediterráneo se convierte en un verdadero Far West en el que todos luchan contra todos, ya por una casuística política, ya por una motivación económica, ya por un ideal religioso. Ante tal estado de cosas, los corsarios, flotas de apoyo de Estados con las armadas en otros lares, hacen su agosto. El Mediterráneo, por consiguiente, deviene un gran lago revuelto cuyas ganancias acaban en los bolsillos de los pescadores, los corsarios¹².

Fijemos la atención en el universo europeo y veamos cómo la hostilidad franco-española dirimida en alta mar diseñó la mejor coyuntura para la sagaci-

¹¹ FONTENAY, Michel: «Le Maghreb barbaresque et l'esclavage méditerranéen aux XVIe et XVIIe siècles», *Cahiers de la Tunisie* XLV, (1991) (*Le Maghreb et les Pays de la Méditerranée. Echanges et contacts*), pp. 7-43)

¹² LÓPEZ NADAL, Gonçal: «Los Caballeros de San Juan de Malta y el <Far West> en el Mediterráneo, 1530-1798», en *L'Ordre de Malta, el Regne de Mallorca i la Mediterrània*. Palma, 2001, pp. 291-304; «La riqueza del caos y el caos de la riqueza. El Mediterráneo en los tiempos de

dad y pericia de los «dueños» del mar. Desde finales de los años 30 hasta bien entrado el siglo XVIII, las contiendas se suceden sin apenas contar con paces duraderas. La Guerra del Rossellón (1638-1659), la guerra de Holanda (1673-1678), la guerra de la Liga de Augsburgo» (1688-1698), que enlaza con la de la de Sucesión al Trono de España (1700-1714), constituyen los principales estadios del gran negocio corsario. Pero, es más, hasta las propias implicaciones internas de tales conflictos, –como sucede en la Monarquía Hispánica con las revueltas frustradas de Cataluña (1638-1652) y de Mesina (1674-1678) y con la guerra de Independencia de Portugal (1660-1666)–, aportan nuevos elementos para la intervención militar de los corsarios. Una buena muestra de ello se observa en el papel del corso mallorquín durante la *Guerra dels Segadors* (1638-1652): lejos de acudir a las prédicas de solidaridad con los sublevados catalanes, los isleños –todavía vigente la Corona de Aragón– optaron por secundar las instrucciones reales y aportar el soporte logístico de las galeras, mediante barcos (bergantines), hombres y víveres, interceptando la ayuda que los vecinos franceses trataban de auspiciar a los insurrectos¹³.

Cerraremos este primer apartado imprimiendo un giro de 180 grados. Los corsarios también podían acabar siendo víctimas de la coyuntura política. Durante los últimos años de la guerra de Holanda, los armadores mallorquines, siguiendo los exhortos de su rey, organizaron diversas expediciones por el Mediterráneo oriental, haciéndose con unas dos docenas de embarcaciones francesas. Ante la imposibilidad de conocer el fin del litigio, algunas de las capturas fueron realizadas después de haberse firmado la paz de Nimega (agosto de 1678). Las reclamaciones galas no se hicieron esperar. Una fortísima presión diplomática e incluso coercitiva –amenaza de invadir la isla por la armada del Rey Cristianísimo– determinó el retorno de las presas a sus antiguos propietarios, lo cual supuso un serio traspiés para la organización corsaria isleña¹⁴.

Concluamos este capítulo, presentando una muestra de las operaciones corsarias en el último conflicto bélico vivido en el Mediterráneo en el siglo XVI, el de la guerra de la Liga de Augsburgo en donde se percibe el alto grado de pérdidas que el cabotaje francés sufrió en manos de los corsarios, tanto del Mediterráneo como de los puertos atlánticos.

los Caballeros de San Esteban», en *L'Ordine di Santo Stefano e il Mare*. Edizioni ETS, Pisa, Pisa, 2001, pp. 21-30.

¹³... LÓPEZ NADAL, Gonçal: «Corsarios frente a rebeldes: Mallorca y las revueltas en España en el siglo XVII», en Werner THOMAS - Bart De GROOF, eds *Rebelión y Resistencia en el Mundo Hispánico del siglo XVII* (Avisos de Flandes 1). Leuven University Press, 1992, pp. 270-300.

¹⁴ LÓPEZ NADAL, Gonçal: «El corsarismo mallorquín después de la paz de Nimega (1678-1684)», *Estudis d'Història Econòmica* 15/1998, pp. 65-92.

DOCUMENTO N.º 1

Origen del corsario y número de presas francesas
en el Mediterráneo (1688-1703)

| Origen | 88 | 89 | 90 | 91 | 92 | 93 | 94 | 95 | 96 | 97 | 98 | 99 | 00 | 01 | 02 | 03 | Total |
|--------------|----|----|----|----|----|------|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|-------|
| Flessinga | | | | | | 5 | 3 | 14 | 9 | 10 | | | | | 2 | 33 | 76 |
| Inglaterra | | | 1 | 4 | 3 | 1 | 6 | 7 | 26 | 7 | 1 | | | | | 14 | 70 |
| Mallorca | | 6 | 5 | 5 | 6 | 7 | 4 | 2 | 5 | 15 | 1 | | | | | | 54 |
| España | | 2 | 3 | 4 | 8 | 3 | 1 | 1 | 2 | 6 | 2 | | | | | | 32 |
| Argel | 1 | 9 | 1 | 3 | 2 | 1 | | | | 2 | 2 | | 1 | | | | 22 |
| Trípoli | | | | | 11 | 2 | | 1 | | 1 | | | | | | | 15 |
| Trapani | | 3 | 2 | 2 | 1 | 1 | 2 | | 2 | 1 | 1 | | | | | | 15 |
| Nápoles | | 3 | | 2 | | 1 | 1 | 3 | 1 | 3 | | | | | | | 14 |
| Finale | | | 4 | 1 | 3 | | | | 5 | 1 | | | | | | | 14 |
| Ibiza | | | 3 | 3 | 1 | | 1 | | 3 | 1 | | | | | | | 12 |
| Holanda | | 1 | | 2 | 2 | | 1 | 1 | | 2 | | | | | | 3 | 12 |
| Ceuta | | | | 2 | 1 | 2 | 1 | | | | | | | | | | 6 |
| Sicilia | | | | | | | | 4 | | 1 | 1 | | | | | | 6 |
| Barcelona | | 2 | 1 | | | | | | 1 | | | | | | | | 4 |
| Francia | | | | 1 | 2 | | 1 | | | | | | | | | | 4 |
| Túnez | | | 2 | | | 1 | | | | | | | | | | | 3 |
| Cerdeña | | | 1 | | 1 | | | | | | 1 | | | | | | 3 |
| Turquía | | | | | | | | | 2 | | 1 | | | | | | 3 |
| Menorca | | | 1 | | | | | | | | 1 | | | | | | 2 |
| Génova | | 1 | | | | | | | | 1 | | | | | | | 2 |
| Flandes | | | 1 | | | | | | | | | | | | 1 | | 2 |
| Palermo | | | | 1 | | 0/1* | | | | | | | | | | | 1/2 |
| Mesina | | | | | | 0/1* | | 1 | | | | | | | | | 1/2 |
| Cagliari | | | 1 | | | | | | | | | | | | | | 1 |
| Negreponete | | | | | 1 | | | | | | | | | | | | 1 |
| Ostende | | | | | | 1 | | | | | | | | | | | 1 |
| Salé | | | | | | | 1 | | | | | | | | | | 1 |
| Zelanda | | | | | | | | | | 1 | | | | | | | 1 |
| Cataluña | | | | | | | | | | 1 | | | | | | | 1 |
| Sin precisar | | 1 | | | 1 | | | | 2 | | | | | | 1 | 3 | 8 |
| Total | 1 | 28 | 25 | 30 | 40 | 27 | 23 | 35 | 57 | 55 | 11 | | 1 | | 4 | 53 | 387 |

FUENTE: Archives de la Chambre de Commerce de Marseille. *Régistre E-97*. LÓPEZ NADAL, G.: *El corsarisme mallorquí ...* p. 184.

* Se duda entre Palermo o Mesina.

De los múltiples comentarios que se desprenden de esta relación cabrá resaltar que los corsarios del Mediterráneo todavía superan en intervenciones a los del Atlántico: de 380 presas identificadas, 218 se deben a los primeros y 162 a los nórdicos. Los súbditos del Rey Católico son quienes mayores bajas causan al cabotaje francés: 105 capturas a las que habrá que sumar las 58 correspondientes a sus dominios italianos. Sin embargo, por origen individual superan los de procedencia atlántica, concretamente los de las Provincias Unidas de los Países Bajos, con 89 aprehensiones repartidas entre las 77 de los corsarios de Zelanda (Flessingue + Zelanda) y la 12 de los de Holanda; sobresalen también las 70 atribuidas a los ingleses. Con todo, buena parte de las intervenciones nórdicas, 53, se producen a partir de 1698, es decir, una vez se han firmado los acuerdos de Riswick que ponían fin a la Guerra de los Nueve Años. Por el contrario, con tan sólo una captura de los argelinos, el resto de las realizadas por los corsarios mediterráneos se producen durante el contexto bélico. Sorprende el alto número de presas atribuidas a los corsistas de las Baleares: 68 a las que cabría añadir algunas de las que se ocultan bajo el término genérico de «España». Los de Mallorca, por sí solos, 54, superan la totalidad—47—de presas ocasionadas por los berberiscos. La guerra, en definitiva, se antoja como el caldo de cultivo del corso: mientras su estallido nutre al corso, su detención implica el colapso de la empresa. Todos quieren aprovechar la inestabilidad reinante; los nórdicos, ya suficientemente duchos en la navegación por el mar interior, no pierden ripio; todo lo contrario, prosiguen sus rapiñas ya, especialmente, en tiempos en que los de la región han empezado a arriar sus banderas.

Un comercio forzado

Como es sobradamente conocido, los tiempos modernos son testigos del proceso de transición del poderío Mediterráneo hacia el nuevo eje económico mundial que acaba por situarse en el Atlántico. Desde las postrimerías del siglo XVI, los navegantes nórdicos—hanseáticos y holandeses principalmente—introducen el grano centroeuropeo, en el Mediterráneo, estableciendo su base mercantil en el puerto franco toscano de Livorno¹⁵. A partir de entonces, gentes británicas y de las Provincias Unidas de los Países Bajos incrementarán su presencia colocando sus manufacturas en los diversos mercados del mar interior. Ello motiva su apertura de consulados en las regencias magrebíes, además de las ciudades portuarias italianas y, como no, en la mismísima Puerta Sublime y otras

¹⁵ BRAUDEL, Fernand y ROMANO, Ruggiero: *Navires Et marchandises à l'entrée du port de Livourne*. C.N.R.S., París, 1950.

«escalas» de los confines orientales. Los franceses, naturalmente, tratarían de emularles abriendo representaciones diplomáticas en el norte de África y en las diversas islas del mar Egeo. Todos estos contactos prefiguran la persistencia de un tráfico mercantil de dimensiones considerables que circulaba desde y hacia todos los rincones del Mediterráneo¹⁶.

No todas las sociedades portuarias mediterráneas disfrutaban de similares estructuras mercantiles que les permitiera practicar este negocio a un mismo nivel. Sin embargo, ninguna estaba dispuesta a desaprovechar el importante flujo comercial existente. Los recursos disponibles eran diferentes, por lo que sus estrategias debían, igualmente, diferir claramente. Ciudades portuarias firmemente consolidadas, como Valencia, Barcelona, Marsella, Génova, Nápoles y Venecia aportaban sus sistemas de navegación, más bien convencionales, que tantos buenos frutos les habían deparado. El resto, puertos de segunda fila, debían acudir a otras modalidades para, cuanto menos, poder compartir esta riqueza. Es en esta situación de competitividad, en la que las fuerzas participantes son a todas luces desiguales, en la que se inserta el caos imperante, ese desorden generalizado ante tanto vaivén político. De nuevo, en dicha coyuntura, el corso se erige como vía alternativa para la realización del comercio marítimo. Es, en este sentido, cómo debe entenderse esta nueva faceta de la depredación legítima a la que responde esta institución naval: el de su constitución como vía legal de llevar adelante la práctica comercial.

Bajo este prisma, la estrategia del corso favorece los intereses de las sociedades «secundarias» o ya en proceso de marginación. Entre las primeras, figura el realizado por los moradores de las islas Baleares (especialmente, Mallorca e Ibiza; Menorca intervendrá durante el XVIII, bajo pabellón británico), así como por los de Córcega, Cerdeña, Sicilia y, posiblemente, por los de algunas islas del Egeo—las actividades posteriores de los maniotas griegos podrán servir de referencia¹⁷—. A su lado, los puertos magrebíes, las repúblicas berberiscas de Argel, Túnez y Trípoli, además de otros puertos como Djijelli, Bujía, Orán, Tabarca, etc., se ven seriamente impelidas a practicar el corsarismo como vehículo comercial que les aporta grandes ganancias.

Llegados a este punto, y siempre recordando el galimatías político imperante, resulta muy complicado establecer diferencias plenamente convincentes entre un comercio, llamemos convencional, mayormente conducido de forma «pacífica» frente a otro que sabe explotar a la perfección la coyuntura, el desconcierto para

¹⁶ Sobre esta perspectiva y la incidencia del corso, LÓPEZ NADAL, Gonçal: *El corsarisme mallorquí a la Mediterrània Occidental: 1652-1698: un comerç forçat*. Barcelona, 1986.

¹⁷ ZAKYTHINOS, D. A.: «Corsaires et pirates dans les mers grecs au temps de la domination turque», *Hellenisme Contemporaine*, X (1939), pp 695-738.

extraer cuantiosos réditos¹⁸. Los corsarios, confundidos –si es que cabe dicho disfraz– de comerciantes, cargan sus bastimentos de productos autóctonos –aceite, por ejemplo– y regresan con embarcaciones apresadas, con sus mercancías, o con sus tripulaciones como esclavos. La operación es perfecta. El negocio está a la vuelta de la esquina. No hay que desaprovecharlo. Los cónsules franceses en Génova y Livorno protestan una semana sí y otra también, por las interferencias que están causando a diario los malditos corsarios, tanto los berberiscos como los súbditos del Rey Católico. Como víctimas de sus intervenciones, buscan desesperadamente los mejores sistemas para evitar sus ataques –flotas y convoyes, presencia intimidante de la Marina francesa–; incluso, en los momentos de tregua, se sugiere la presencia de los mismos corsarios magrebíes para disuadir a sus homónimos hispanos. Es inútil, Las intercepciones de este tráfico es especialmente intensa durante los meses de los contactos entre las ferias de Beaucaire y las de Pisa. Su atractivo despierta, sin embargo, el interés de los corsistas berberiscos que, pese a las paces alcanzadas con los franceses, prefieren la captura del mercante a los beneficios de la tregua. Las quejas resultan interminables. Algo parecido sufrirán los responsables de la riqueza de la república de San Marco, Venecia, cuando en su comercio privilegiado con el Gran Turco, corsarios de uno y otro signo capturen sus mercantes¹⁹. Sus captores apelarán a la ilegitimidad de comerciar con el enemigo –léase, practicar un cierto tipo de contrabando– para secuestrar los bienes. De esta manera, otros dos sistemas comerciales alternativos –el referido del contrabando y el ejercido por la navegación de los neutrales– acabará convirtiéndose en claro objetivo del corso. Y de poco, o de nada, servirán las reclamaciones.

La vertiente económico-comercial del corso es esencial para explicar su realidad. Parecerá una obviedad, pero de no resultar un buen negocio, esta navegación, siempre arriesgada, hubiera conocido otra historia. Permítaseme cerrar este apartado exponiendo unas consideraciones sobre el nivel empresarial alcanzado por el corso, y en particular por el caso mallorquín durante los años setenta del siglo XVI. La siguiente tabla (II) nos ilustra sobre el extraordinario negocio que representa esta institución.

¹⁸ LÓPEZ NADAL, Gonçal: «El corsarismo en las estructuras mercantiles: las fronteras del convencionalismo», en LÓPEZ NADAL, Gonçal (Ed.): *El comerç alternatiu. Corsarisme i contraban (ss. XV-XVIII)*, Institut d'Estudis Baleàrics, Palma de Mallorca, 1990-pp. 267-276.

¹⁹ Entre el último cuarto del siglo XVI y las dos primeras décadas del XVII, los venecianos sufrieron las constantes depredaciones de los usoques, corsarios de los puertos croatas de Fiume y Segna. TENENTI, Alberto: *Naufrages, corsaires et assurances maritimes à Venise: 1592-1609*. CNRS, París, 1950, *Venezia e i Corsari, 580-1615*. Laterza, Bari, 1961, y BRACEWELL, Wendy: *The Uskoks of Senj: Piracy, Banditry and Holy War in Sixteenth Century Adriatic*. Ithaca, Cornell University Press, 1992. De la misma autora, «Women among the Uskoks of Senj: Literary Images and Reality», en PENNELL, C. R. (Ed.): *Bandits at Sea: A Pirates Reader*. New York University Press, New York, 2001, pp. 320-324.

DOCUMENTO N.º 2

Viaje en curso de la Escuadra de Mallorca (1677-1678)

I) Gastos

| | | | |
|---|---------|--------|--|
| A) Armamento: -La Capitana <i>Santa Cruz</i> | | | |
| -El Gobierno <i>Sant Joseph</i> | | | |
| -El patache <i>San Andrés</i> | 34.741 | libras | |
| -La Almiranta <i>La Concepción</i> | 15.800 | " | |
| -El patache <i>Santa Teresa</i> | 9.600 | " | |
| B) Viaje (entre nueve y doce meses) | 17.800 | " | |
| C) Diversos -a la gente que iba a salario | 6.000 | " | |
| -derechos de aduana sobre presas | 10.000 | " | |
| -cuarentena, peso, portes, descargas | 10.000 | " | |
| -Pérdida del patache <i>San Andrés</i> | 5.000 | " | |
| -Armamento del navío <i>La Nueva Europa</i> | 4.000 | " | |
| Total | 112.941 | libras | |

II. Capturas

| | | | |
|--|---------|--------|-----------------|
| 1) 11 turcos (2 muertos + dos heridos)= 7 turcos) | 452 | libras | |
| 2) El navío francés <i>La Nueva Hierusalem</i> | 119.943 | " | 7 s 1 |
| 3) Una balandra de <i>Mesina</i> | 560 | " | |
| 4) Un carbo de moros | 573 | " | 16 s 8 |
| 5) Una saetía francesa | 3.900 | " | |
| 6) El patache francés <i>San Jayme</i> | 18.700 | " | |
| 7) Una saetía francesa | 1.700 | " | |
| 8) La saetía francesa <i>Santa Teresa</i> | 1.473 | " | |
| 9) 695 pesos de unos turcos hallados en una embarcación inglesa | 784 | " | 6 s 8 13 s 4 |
| 10) Un navío con 85 turcos | 14.166 | " | 13 s 6 |
| 11) El navío francés <i>La Nueva Europa</i> | 6.600 | " | |
| 12) Una polacra de origen sin precisar | 793 | " | 6 s 8 |
| Total | 169.649 | L. | 3 S 11 |

Se ha remitido al Rey en concepto de QUINTO 1.500 libras

El balance de esta expedición da un beneficio neto de 55.208 libras 3 sueldos 11 dineros, lo que equivale al 48,8% de los gastos.

FUENTE: Archivo de la Corona de Aragón, *Consejo de Aragón*, Legajo 999.

Varios comentarios sugiere este balance contable entre costos e ingresos. Los primeros están perfectamente estructurados en tres apartados: los que se derivan del armamento de las cinco naves de la escuadra cuyo monte supera la mitad de todos los gastos; los costos de expedición—mantenimiento de las tripulaciones y carena de los bastimentos y los ocasionados por otras causas como son la soldada de los marineros «mercenarios», los fiscales y los impuestos por la sanidad marítima; a ellos se sumarán los correspondientes a la pérdida de un patache y al armamento de otra nave, esta vez como resultado de una presa. Observemos en este caso cómo la aprehensión de una nave permite su utilización como «corsario», léase, buque a utilizar en este tipo de operaciones; lo único a hacer era equiparlo debidamente, incorporar cañones y pedreros y cambiar de bandera. Así de sencillo. En el capítulo de beneficios sobresale muy visiblemente la captura de una sola nave francesa: *La Nueva Hierusalem*, evaluada por encima del total de la partida de costes. Esta presa justifica toda la expedición. Se constata que las presas francesas—las de los Enemigos de la Corona—superan en número y peso específico a las de los «moros»—enemigos de la Fe—de las cuales tan sólo interesa la mercancía humana. Ello reconfirma el importante papel del corso en tanto que elemento que obstaculiza el comercio enemigo y por tanto contribuye a la causa real bajo cuyo pabellón navega. Igualmente, la puntualización sobre las 1.500 libras entregadas al Rey en concepto de quinto significa la persistencia de un impuesto de regalía, fuertemente reducido a una parte simbólica—en este caso, apenas superior al 2,5 % del beneficio neto—seguramente ante el interés del Monarca en contar con tal dispositivo. En definitiva, esta expedición de la escuadra de Mallorca fue extraordinariamente positiva pues permitió repartir beneficios que casi alcanzan el 50% de los costes. Todo un verdadero éxito empresarial.

La Guerra Santa

Sin duda, el catalizador del corso como algo genuinamente mediterráneo es el que le otorga un definido matiz ideológico, léase, su papel de instrumento ideal para llevar a cabo la guerra santa. Ello se observa en los dos contornos, tanto desde el lado de los que persisten en la necesidad de ejercitar la cruzada, como de los que lo hacen invocando el yugo de la *jihad*. Ante el riesgo de caer en la estéril polémica de quién lo generó y quién lo usó como respuesta—que, en otras palabras, reviviría la discusión sobre la prioridad entre la gallina y el huevo—preferimos enfatizar sobre su recíproca apelación, ya por parte de la Cruz, ya por la de la Media Luna, en su correspondiente justificación a estas agresiones. Éstas no sólo tenían lugar en plena mar sino también y con mucha asiduidad en

las mismas costas según se refleja con las indistintas *razzias* de los berberiscos en tierras cristianas, como de los cristianos en tierras de «alarbes».

La presencia de este marcado afán ideológico/religioso –insisto, en ambos contendientes–, se halla muy visible en las proclamas que incitan al desarrollo de la empresa corsaria. En las patentes de corso, la alusión al enemigo de la fe es constante. No importa su identificación o su adscripción a una creencia herética específica. Siempre será objeto natural de aprehensión. Son muchísimas las relaciones sobre embarcaciones «turcas» capturadas por corsarios cristianos y en ninguna se pone en duda la legitimidad de la acción realizada. Todas las capturas están bien hechas, sin precisar de la sentencia judicial previa al reparto de los botines. No así ocurre con las presas realizadas a los «Enemigos de la Corona», siempre identificados en su origen y con posibilidad de reconocer el error en su secuestro y, por tanto, la devolución a sus propietarios. En el caso opuesto, en el flanco sur, la acepción ideológica del corso es igualmente algo intrínseco a su propia dinámica. Hervé Bleuchot reproduce una cuarentena de versículos del Corán en los que se hace especial referencia a la *Jihad*. En uno de ellos, el 9.29 se lee²⁰:

«Combatid a los que no creen en Dios... a los que no declaran ilícito lo que Dios y el Profeta han declarado ilícito, a los que entre las gentes del Libro no practican la verdadera religión. Combatidlos hasta que paguen tributo y sean humillados».

Similar literatura justificativa de guerras justas, necesarias y civilizadoras las hallamos en las apologéticas proclamas para sofocar las crueldades cometidas por los infieles. Eloy Martín Corrales, en su revelador libro titulado «*La imagen del magrebí en España*»²¹, ha recopilado un ingente muestrario de manifestaciones –literarias, pictóricas, iconográficas ...– mediante las cuales la historiografía cristiana y, en concreto, la española, se pone a la altura, –sino supera– las condenas islámicas. Destaquemos la definición que un caballero barcelonés otorga a la lucha frente al enemigo musulmán:

«...guerra contra bárbaros infieles (que es la sólo deseable) con que se castiga la insolente soberbia de una indómita barbaridad»²².

Esta sentencia guarda mucha concordancia con los calificativos dedicados a los «moros» encontrados en la documentación archivística: «*cazadores de*

²⁰ «Le but du Jihad et son évolution en droit musulman malékite», en *Le Jihad Maritime dans l'histoire Arabo-Islamique*. Association Bou Regreg, Commission Marocaine de l'Histoire Maritime Rabat, 1999, pp. 19-43.

²¹ Ediciones Bellaterra, Barcelona, 2002.

²² *Ibidem*, p. 39.

Christianos, enemigos de Christo, los moros serán el rayo, executores de sus designios, la mano del gato», al tiempo que se identifica su combate como «*guerra santa y saludable*»²³. Se trata, por tanto, de actuaciones perfectamente lícitas pues están destinadas a salvar a sus pueblos de los oprobios del enemigo.

Partiendo de los postulados anunciados, la sacralización cristiana del corso alcanza su cima en el desarrollo de una marinería exclusivamente orientada a la eliminación del enemigo de la fe. Ello, no obstante, no excluye que en Berbería el corsarismo también preserve esta importante función. Permítaseme, con todo, recalcar mi observación en lo que afecta al papel de las Órdenes Militares cuya misión prioritaria será el exterminio del Infiel. A ello responden los caballeros de la Orden de San Esteban y, muy especialmente, los de la Orden de San Juan de Malta, concretamente entre la segunda mitad del siglo XVI hasta su declive en las últimas décadas del siglo XVIII. Efectivamente, si Argel es la sede del corsarismo musulmán, Malta –como antes se señalaba– se convierte rápidamente en la capital del corso cristiano. A ella acuden gentes de procedencias muy diversas, tanto del mundo cristiano del Mediterráneo, como incluso de los confines del profano Atlántico. Se trata de un personal poco favorecidos por la fortuna que ve en la destrucción de la morisma el mejor medio de incrementar sus patrimonios. Ellos son quienes predominan en las galeras de la Religión²⁴. Desde la otra ribera, los

²³ LÓPEZ NADAL, Gonçal: *El corsarisme ...* p. 354. Permítaseme reproducir el siguiente párrafo, paradigmático de una historiografía obsoleta: «*Muchos años habían permanecido cobardemente silenciosos por temor al poderío marítimo de los Estados cristianos que aún disponían de guerreros y marinos herederos de aquellos esforzados caballeros de las Cruzadas. La Media Luna no quería combatir contra la Cruz y se limitaba a cometer crímenes pequeños –pero repugnantes–, fruto de sus correrías por aguas costeras. Pero de pronto, en un año memorable de la historia, el ambiente cambió con brusquedad. Los Reyes Católicos, Isabel y Fernando de España, habían expulsado totalmente a los árabes de su territorio, y ésta fue la mecha que había de provocar un gigantesco incendio. Desde entonces, los habitantes de Berbería sólo vivían para la venganza y la sangrienta reparación ... Ya no eran únicamente los aislados particulares los que se dedicaban al expuesto, pero lucrativo negocio de la piratería, sino que agrupaciones poderosas de «escumadores del mar» se lanzaban a las aguas sembrando el terror... Turcos, argelinos, tripolitanos, tunecinos, bajo el signo del Profeta, de las «barbas rojas» de sus capitanes, infestaron los días azules del Mare Nostrum; pero gracias a Dios, compatriotas nuestros, soldados valerosos del Rey Católico, del Cardenal, del César Carlos y del joven Austria, supieron ponerles un recio valladar hecho con babores y estribores de sus naves que no temían poco llegar al abordaje... En la más grande ocasión que vieron los siglos, se hundió para siempre la Media Luna corsaria*». AZCÁRRAGA Y BUSTAMANTE, José Luis de: *El Corso Marítimo*. Madrid, 1950, pp. 173-174.

²⁴ FONTENAY, Michel: «Corsaires de la foi ou rentiers du sol? Les Chevaliers de Malte dans le corso méditerranéen au XVIIe siècle», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XXXV, 1998, pp 361-384; y «Les missions des galères de Malte (1530-1798)» en VERGE-FRANCESCHI, Michel: *Guerre et Commerce en Méditerranée, IXe-XIXe siècles* Veyrier et Cronos, París, 1991, pp. 103-122.

turcos de Berbería, mantendrán sus flotas, especialmente con fines a absorber capital humano que les permita acrecentar su poder económico.

En efecto. Intrínsecamente vinculado a la casuística ideológica, cabrá interpretar la alta rentabilidad de esta empresa en su conversión en la primordial vía de conseguir esclavos. En la documentación referente al mundo «cristiano» abundan las evidencias sobre la conveniencia de seguir estos combates, especialmente por la acuciante necesidad de brazos existente en los bancos de las galeras reales. Dos testimonios de los cónsules franceses en Livorno y en Mallorca, François Cotelendi y Antoine de Vigne Duguet resultan muy expresivos: en el primero, de 16 de febrero de 1674, se protesta por la imposibilidad de adquirir los 48 esclavos que un corsario mallorquín había conducido al puerto toscano, dadas las paces que *nous avons avec eux*; en el segundo, se comenta que la paz firmada entre ingleses y argelinos reduce las esperanzas de conseguir esclavos²⁵. La referencia a los «moros» capturados entre la relación de presas hechas por la escuadra de Mallorca en su expedición extractada en la tabla segunda, y el hundimiento de sus bajeles habla por sí sola. En las repúblicas berberiscas, la doble instrumentalización del cautivo, tanto por el beneficio que supone su rescate como por la provechosa utilización profesional del mismo, una vez éste hubiera renegado de su fe, se convierte en un estímulo constante de sus actividades corsarias²⁶. En vista a ello, no debe extrañar que, al igual que había sucedido con los Barbarrojas en los prolegómenos de esta historia, la mayor parte de los *rais* presente un origen cristiano. John de Courcy Ireland señala que la última presa del corso argelino fue realizada por Ali Al Majorqui «*The Majorcan*», posible descendiente de musulmanes anteriormente residentes en la isla, o famoso por operar en los alrededores de la isla²⁷. Añadamos una tercera, y muy probable interpretación: cautivo mallorquín que, tras renegar, pudo dedicarse a la lucrativa tarea de corsear por aguas muy conocidas. En suma, la casuística religiosa—como lamentablemente también sigue sucediendo en ciertos confines del mundo actual—se convertía en argumento para la prosecución de la guerra y de los negocios²⁸.

²⁵ LÓPEZ NADAL, Gonçal: «Corsarismo y esclavitud en el Mediterráneo Occidental (ss XVI-XIX)», en SÁNCHEZ LEÓN, María Luisa y LÓPEZ NADAL, Gonçal (Eds): *Captius i esclaus a l'Antigüitat i al Món Modern*. Jovene Editore, Napoli, 1996 pp. 300-323.

²⁶ MANCA, Ciro: *Il modello di sviluppo economico delle città marittime barbaresche dopo Lepanto*. Giannini Editore, Napoli, 1982. BENASSAR, Bartolomé y Lucile: *Los Cristianos de Alá*; Ed. Nerea, Madrid, 1989. SEBAG, Paul: *Tunis au XVIIe siècle. Une cité barbaresque au temps de la course* L'Harmatan, París, 1989.

²⁷ «The corsairs of North Africa», *The Mariner's Mirror*, 66 (1980), pp. 271-283.

²⁸ LÓPEZ NADAL, Gonçal: «La course et la Guerre Sainte dans la Méditerranée Occidentale au XVIIème siècle», *Les Cahiers de Tunisie*, 169/170 (1995), pp. 213-223. «Entre la Cruz y la Media Luna», en *Felipe II y el Mediterráneo*. Madrid, 1999, pp. 409-425. Véase también el volumen

De nuevo concluiremos el apartado con una tercera tabla en la que ahora las cifras reflejan los elevados daños causados por los corsistas musulimes sobre el comercio.

DOCUMENTO N.º 3

Capturas de embarcaciones francesas hechas por corsarios berberiscos (1652-1665)

| Año | N.º de presas | Argel | Túnez | Trípoli | Valor (libras) | Argel | Túnez | Trípoli |
|-------|----------------|-------|-------|---------|----------------------|---------|---------|---------|
| 1652 | 5 | 2 | 2 | 1 | 210000 | 60000 | 120000 | 30000 |
| 1653 | 3 | 3 | 0 | 0 | 220000 | 22000 | - | - |
| 1654 | 6 ^a | 3 | 1 | 1 | 1190000 ^b | 660000 | 300000 | 200000 |
| 1655 | 3 | 2 | 0 | 1 | 220000 | 120000 | - | 100000 |
| 1656 | 7 ^c | 3 | 1 | 2 | 610000 ^d | 160000 | 30000 | 120000 |
| 1657 | 8 | 6 | 0 | 2 | 1235000 | 1130000 | - | 105000 |
| 1658 | 5 | 3 | 2 | 0 | 330000 | 130000 | 200000 | - |
| 1659 | 5 | 4 | 0 | 1 | 320000 | 170000 | - | 150000 |
| 1660 | 14 | 9 | 3 | 2 | 1195000 | 895000 | 170000 | 130000 |
| 1661 | 12 | 9 | 2 | 1 | 670000 | 440000 | 130000 | 100000 |
| 1662 | 8 | 7 | 1 | 0 | 260000 | 230000 | 30000 | - |
| 1663 | 21 | 19 | 2 | 0 | 1040000 | 910000 | 130000 | - |
| 1664 | 4 | 1 | 1 | 2 | 310000 | 150000 | 100000 | 60000 |
| 1665 | 8 ^e | 4 | 3 | 0 | 485000 ^f | 295000 | 140000 | - |
| Total | 108 | 75 | 17 | 13 | 8295000 | 5570000 | 1330000 | 995000 |

FUENTE: Archives de la Chambre de Marseille. *Affaires Militaires*. E-80. G. LOPEZ NADAL *El corsarisme malloquí, 1652-1687: un comerç forçat*. Barcelona, 1986, p. 140.

Chrétiens et Musulmans à la Renaissance. (Actes du 37 Colloque International du CESR –1994– réunis par Bartolomé BENASSAR et Robert SAUZET) París, Honoré Champion éditeur, 1998.

^a Una de ellas fue capturada por los corsarios de Cap.

^b De las que 30.000 libras corresponden a la captura de los corsarios de Cap Noire.

^c Una de ellas fue capturada por los corsarios de Bizerta.

^d De las que 300.000 libras corresponden a la captura de los corsarios de Bizerta.

^e Una de ellas fue capturada por las galeras del Rais.

^f De las que 50.000 libras corresponden a la captura de las galeras del Rais Noire.

Si bien el documento extractado no incide directamente sobre la casuística ideológica que impulsa a los corsarios a la depredación marítima—se antoja imposible evaluar dicho condicionamiento, a priori no lucrativo—sí puede servir como indicativo del volumen de las capturas hechas por los berberiscos sobre el cabotaje francés. De nuevo los franceses aparecen seriamente dañados por tales tropelías: en catorce años pierden algo más de un centenar de embarcaciones valoradas en más de ocho millones de libras. Si de los diversos móviles se desprende el efecto, cabrá constatar cómo la persistencia de la Guerra Santa aporta cuantiosos réditos para quienes siguieron aplicándola.

* * *

Recapitemos y reflexionemos sobre esa clara sintonía entre corsarismo y Mediterráneo. A la espera de escuchar nuestros colegas en sus respectivos estudios sobre el corsarismo en el Atlántico y el Pacífico, quisiéramos plantear la interpretación de este fenómeno como algo ciertamente propio de nuestro mar, de nuestro pequeño enclave marítimo, especialmente a partir de su decadencia.

Hace varios años, el historiador británico Patrick Crowhurst presentaba unas interesantes tesis sobre los que conceptos «Guerre de course» y «Privateering», nomenclatura francesa e inglesa perfectamente atribuible a las acciones corsarias de sus marinas oficiales y de los particulares, eso sí, eminentemente realizadas en el Atlántico y en el Pacífico²⁹. Crowhurst proponía la aceptación del término «commerce raiding» (comercio de asalto) en lo que podría tildarse de elemento catalizador común en las operaciones de dichas flotas, fuesen reales o privadas. Está claro que tales acepciones, no exclusivamente semánticas, escapan en buena manera al tipo de corsarismo que se ejercita en el Mediterráneo. Como mucho, —es interesante recalcarlo— la penetración e intervención de la Royal Navy, aprehendiendo mercantes franceses en las postrimerías del siglo xvii tenga algo que ver con ello. El resto se antoja más susceptible a las diferencias que a las similitudes.

Con anterioridad, incluso, a la aportación de Crowhurst, Michel Fontenay, —sin duda uno de los mejores expertos en nuestra temática, muy especialmente en el caso de Malta— dilucidaba sobre la significación del corsarismo en el proceso de periferización (tal vez sería mejor decir, «semiperiferización») del Mediterráneo

²⁹ «Guerre de Course et Privateering»: vers une étude comparative», en *Guerres et Paix 1660-1815*. Vincennes, Service Historique de la Marine, 1987, pp. 311-322.

en el siglo xvii³⁰. Sus argumentos –además de asociar el vocablo «corso» como algo exclusivo del espacio mediterráneo– encierran de alguna manera las tesis sostenidas a lo largo de estas páginas, haciendo hincapié en la proliferación de tales recursos como algo propio de la dinámica de un proceso en crisis. No se olvide que en el xvii, el Mediterráneo camina resignadamente en la senda del olvido cuya meta será esa marginalidad a la que le condena, irreversiblemente, algo tan ajeno como la Revolución industrial.

Retornemos a nuestro mar, a nuestro espacio y fijémosnos cómo el maremagnum resultante de tanta conflictividad se convierte en fuente de ingresos, importante, para sus moradores. Tanto es así que podría ser que hasta resulta un atractivo para los bárbaros del norte, esas gentes cuyas embarcaciones poseen nombres profanos pues sus brumas, predominantes, les impiden suspirar cualquier atisbo emocional³¹. El corso, el del Mediterráneo es un reclamo para que holandeses, primero, y británicos más adelante, se instalen en las costas de Berbería e influyan determinadamente, en el renacimiento de las operaciones depredadoras de sus gentes. Efectivamente, conducidos por *rais* de origen nórdico (Sir Henry Mainwaring, John Ward, Simon Dansar, Jans Janz), en el primer cuarto del xvii, los berberiscos llegarían hasta la misma Islandia³². Posteriormente, enfundados en el hábito de San Juan, europeos de todas procedencias acuden en tropel a Malta para beneficiarse del corso opuesto. Más adelante, incluso, operarán sin ningún tipo de ambages, seguramente por haberse concienciado de que la mejor manera para controlar el medio es adoptar sus propias formas.

Corsarismo o, mejor dicho, corso y Mediterráneo, estrategia y medio. Véase la combinación, ideal, de dos elementos, frágiles en sí mismos, pero que expresen la coyuntura para rentabilizar en su grado máximo sus beneficios. La conciencia de su perentoriedad parece hacer mella. Cabe obrar rápido pues las mismas condiciones que hacen del corso algo extremadamente conveniente pueden acabar

³⁰ «Los fenómenos corsarios en la periferización del Mediterráneo en el siglo xvii», en PÉREZ PICAZO, M.^a T.^a: LEMEUNIER, G.: y SEGURA, P. (eds): *Desigualdad y Dependencia. La Periferización del Mediterráneo Occidental*, ss. xii-xix. Murcia, 1986, pp. 116-121.

³¹ «La oscura bruma del océano helado donde la vista apenas podía percibir alguna cosa» (BREMEN, Adan de) Citado por MOLLAT, Michel: *Europa y el Mar*. Editorial Crítica, Barcelona, 1993, p. 49.

³² GOSSE, Philip: *Historia de la piratería*. Espasa Calpe, Madrid, 1935. BONO, Salvatore: *I corsari barbareschi*. RAI. Torino, 1964. LEWIS, Bernard: «Corsairs in Iceland», *Revue d'Occident Musulman et de la Méditerranée*. 15/16 II (1973), pp. 139-144. LLOYD, Christopher: *English corsairs on the Barbary coast*. Collins, London, 1981.

yendo en su contra. Y cabe, también, reconocer las limitaciones que tienen sus propias fuerzas; en ello reside su mejor arma. Los mallorquines, corsarios muy activos entre los cristianos y tan temidos por los franceses como los propios berberiscos, seguramente no llegaron a dejarse seducir por las exhortaciones, insensatas, de su Soberano cuando, por Real Despacho de 10 de noviembre de 1686, se les invitaba a acudir a las Antillas³³. El escrito, dirigido a Don Pedro de Aragón, máximo responsable del Consejo de Aragón en estos menesteres, no tiene desperdicio.

«Respecto de lo amenazadas que se hallan de piratas las costas de América y lo mucho que conviene acudir a su resguardo, encargo al Consejo de Aragón haga diligencias y me informe de si habrá en Mallorca algunos corsistas que quieran passar en vajeles armados a limpiar aquellas costas siendolos sujetos de las calidades que para este género de operaciones se requiere».

La ausencia de cualquier referencia que certifique el cumplimiento del requerimiento pone de relieve que esos sujetos eran suficientemente juiciosos para no adentrarse en un mar de sargazos cuyas riquezas no compensaban el riesgo. Todo lo contrario de lo que, todavía, imperaba en el Mediterráneo.

³³ Archivo de la Corona de Aragón. Consejo de Aragón. Legajo 999. Reproducido en LÓPEZ NADAL, G.: «Sobre corsarios mallorquines y América: una falta de pruebas», en *Les Illes Balears i América*. Palma, 1992, vol I, pp. 203-208.